

Una meditación interminable

LA VIEJA CANCIÓN -- Robert Pinget -- Ed. trilingüe.: original francés (trad. de Samuel Beckett) y español (trad. de Miguel Martínez-Lage) -- La Uña Rota. Segovia, 2004 -- 104 páginas, 6 euros'

Álvaro de la Rica

Por una parte está el valor histórico-literario de *La vieja canción* de Robert Pinget: desde su concepción original a finales de los 50 por el escritor, franco-suizo, con el título *La manivelle*, hasta el interés que suscitó el texto en Samuel Beckett, quien lo tradujo al inglés en una versión magistral considerada parte ineludible de su obra e incluida por tanto en la edición inglesa de sus *Complete Dramatic Works* de 1986 (Faber and Faber).

La adaptación beckettiana del breve y elusivo diálogo radiofónico fue inmediatamente difundida por la BBC, estrenada en París y publicada en edición bilingüe en la prestigiosa Éditions de Minuit, bajo los auspicios del propio Beckett. En la edición española, se ha traducido al castellano por Miguel Martínez-Lage a partir del texto secundario y mirando demasiado de reojo al original de Pinget. La presencia en un solo volumen de las tres versiones constituye una noticia para quienes se interesan por la literatura y el teatro contemporáneo, además de una fuente de meditación acerca del arte de la traducción literaria. La conexión de la obra con el microcosmos beckettiano, su inserción en el contexto del mal llamado teatro del absurdo y más específicamente su relación con el nihilismo obligan a una lectura que no puede prescindir del contexto de las principales corrientes poéticas del pasado siglo.

Voces de la vida

Por otro lado aparece la obra en sí. Un texto puro, desnudo, escrito simplemente «para buscar un tono», el de los murmullos y las voces de los viejos y de la vida que pasa sin pasar, dejando tras de sí la nada, como el viento que nos arrulla y que no podemos apresar. Beckett, enamorado de una lengua francesa que le permitía ver las cosas de nuevo, quedó sorprendido por esta creación en la que aletea un leve ritmo interno, una armonía apenas perceptible. Dos viejos oyen una nostálgica Canción en un organillo callejero que de repente se atasca y cuya manivela no encaja. Como las estructuras del lenguaje, siempre obsoletas y en el fondo inaptas para lo verdaderamente significativo. Música interrumpida, voces cascadas, mentes confusas que no aciertan a abrirse paso entre los salones desportillados de la memoria. Los fulgores del recuerdo, el error permanente, el olvido nocturno, la simple memoria de la memoria. Una conversación sostenida medio en broma medio trágicamente ofrece un bálsamo momentáneo para el dolor de quien advierte su propia desaparición; es la medicina amarga que significa siempre el otro.

Por último, resulta casi imposible no detenerse en el alcance teórico de una de las grandes creaciones literarias de nuestra época. Se equivocaron los que no tuvieron en cuenta el academicismo de Beckett. Ni el *Proust*, ni por supuesto su *Whoroscope*, aquel monólogo inicial dedicado a Descartes, resultan tan crípticos. Revelan, como toda su obra posterior, un deseo de zambullirse en los problemas más viejos con los que nos hemos confrontado como especie racional: el paso del tiempo, la estructura invisible de lo real, la dialéctica entre superficie y sombra frente a la intuición del *otro lado* que une, que liga, que explica; La pequeña obra de Pinget, una mera conversación cotidiana, reproducida de modo verista, nos empuja como las musas a mirar hacia ese lado oscuro cuya realidad consiste justamente en ser apenas nada.

Principio y fin

La presencia de Samuel Beckett irriga calladamente algunas de las más interesantes propuestas escénicas y narrativas contemporáneas, acuciadas por las interrogaciones que más preocuparon al enteco irlandés: el funcionamiento de los enigmáticos mecanismos de la realidad o el devastador deslizarse del tiempo, entre otras. Unas constantes presentes desde sus primeros vagidos literarios hasta sus últimos escritos, como deja patente la publicación por La Uña Rota de dos succulentos libritos con textos breves de Beckett, algunos inéditos hasta ahora en español. Uno de ellos contiene (amén de Carta *alemana*, una misiva de 1937, Y *Beckett antes de Beckett*, interesante texto de Miguel Martínez-Lage sobre los años de juventud del escritor) su primer e inacabado intento teatral, *Deseos del hombre*, que abandonó al advertir que su forma de construir los diálogos -anticipatoria de su estilo- corroía la normativa del género en que se adentraba. El otro lo ocupa *A vueltas quietas*, su último relato, donde un hombre con la cabeza entre las manos se ve a sí mismo levantarse e irse mientras busca infructuosamente la definitiva palabra final. Incitador e Inquietante, puro Beckett, de principio a fin.



Samuel Beckett